

## ECONOMÍA E MÉTODO: UNA SÍNTESIS CONVENCIONAL

LUIS CARAMÉS VIÉITEZ / MARÍA CADAVAL SAMPEDRO  
Departamento de Economía Aplicada  
Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales  
Universidad de Santiago de Compostela

*Recibido:* 22 octubre 2001

*Aceptado:* 17 junio 2002

---

**Resumen:** Se presenta una síntesis de algunos aspectos relativos del pensamiento económico, con una valoración crítica de la aproximación metodológica, especialmente en lo referente a la hacienda pública.

**Palabras clave:** Economía / Método / Análisis positivo / Análisis normativo / Desequilibrio / Escuela histórica / Institucionalismo.

### **ECONOMY AND METHOD: A CONVENTIONAL SYNTHESIS**

**Abstract:** In this paper, we show a synthesis of some aspects in the economic thinking, with a critical valuation of the methodological approach, specially connected with the Public Finance.

**Keywords:** Economy / Method / Positive analysis / Normative analysis / Unbalance / Historic school / Institutionalism.

---

Cuando en el siglo XV y en los comienzos del XVI se reacciona contra el espíritu teológico y autoritario de la Edad Media, es decir, con la aparición del Renacimiento (Hay y otros, 1969), también despierta el interés por el estudio de los problemas económicos. Y el mercantilismo fue la etiqueta de los que se ocuparon de esas cuestiones, generando una doctrina de hombres prácticos que, lejos de los análisis sofisticados, defendieron una amplia regulación estatal de la actividad económica en interés de la economía nacional, discrepando fundamentalmente del *laissez-faire* y con unos objetivos mínimos: balanza comercial equilibrada y balanza de poder igualmente equilibrada (Viner, 1975, pp. 733-739). Desde un punto de vista metodológico, no solían dedicarse a las generalizaciones universales en el sentido de proponer “leyes” del “comportamiento” económico (Katouzian, 1982, p. 35).

Habría de ser la influencia de la *naturaleza*, del *orden* de la física de Newton, la que llevó a los *fisiócratas* a abogar por el gobierno de la actividad económica de acuerdo con las *leyes impuestas a la Naturaleza por la Providencia*. Su aportación tuvo un amplio aliento, ya que el modelo de flujo circular habría de ser estudiado por Marx mientras que Walras desarrollaría un *tableau* similar al de Quesnay, también considerado como el primer precedente del análisis input-output (Spengler, 1975, pp. 737-742; Meek, 1962). Antes de los fisiócratas no se habían detectado más que fenómenos locales en el cuerpo económico. Tras ellos, se consideró por primera vez ese cuerpo como un organismo y se emprendió su análisis. En el decir

de Shumpeter (1967, p. 54), “abriendo la brecha decisiva por la que había de pasar todo el progreso teórico posterior”.

Aunque podrían encontrarse inclinaciones fisiocráticas en Adam Smith –“sólo en la agricultura la naturaleza trabaja con el hombre”–, su método es complejo. De hecho empleó metodologías radicalmente diferentes en las distintas partes de su obra. Así, en *La riqueza de las naciones* (libros I y II) acude a la estática comparativa mientras que en los libros III, IV y V y en buena parte de su *Teoría de los sentimientos morales*, utiliza el método histórico (Blaug, 1985, pp. 76-77). Pero una auténtica revolución metodológica habrá de llegar con Malthus, con Say y con Ricardo. Malthus tuvo en cuenta relaciones cuantitativas que desafiaban la refutación empírica. Y Ricardo, con un enfoque cartesiano –partiendo de supuestos– elaboraba teorías que, de ser lógicamente consistentes, resultaban verdaderas y aceptables (Katouzian, 1982, p. 42). Sin duda, era un defensor de lo que podríamos llamar “modelos de explicación hipotético-deductivos” (Blaug, 1985, p. 78). Say, a su vez, enfatizó sobre la economía como ciencia empírica basada en la observación, aunque fue acusado de “ideólogo”, como consecuencia de su tendencia –tras asegurar la soberanía de los hechos– a interpretarlos, adaptándolos a los resultados deseados (Leduc, 1975, p. 488).

Marx, por su parte, acentuó el interés por lo histórico y por lo empírico hasta conseguir –a través de su interpretación materialista de la historia– darle, en cierto sentido, la vuelta a Hegel, “ponerlo de pie”. Quien había bebido del materialismo francés, del empirismo británico y de la economía clásica acabó poseyendo una concepción sociológica de la formación y desarrollo de las sociedades humanas (Rubel, 1957).

Con el marginalismo se favoreció el método ricardiano de la especulación puramente lógica, extendiendo a toda la teoría económica la formulación marginal que Ricardo desarrolló en su teoría de la renta. Jevons potenciaría lo subjetivo, lo psicológico, y, abandonando el coste de producción –es decir, la oferta– como único determinante del valor, situó la demanda como fuerza predominante en la formación del precio. Demanda que depende de la *utilidad marginal*, fenómeno psíquico (Oser y Blanchfield, 1975, cap. 12). Pero, quizá, lo más importante desde el punto de vista metodológico sea señalar que se asiste en el análisis económico a una verdadera ruptura: no se considerarán más las categorías sociales agregadas y distintas: los asalariados, los capitalistas, los terratenientes sino los comportamientos individualizados: el del consumidor, el del productor, el del ahorrador (Delfaud, 1986a, p. 34).

Desde una teoría del valor diferente a la del valor-trabajo, pasando por los estudios de la escuela de Cambridge –es decir, el ajuste de los mercados y el equilibrio parcial marshalliano–, hasta el equilibrio general y el óptimo para una economía de intercambio –Walras, Pareto, Hecksher-Ohlin–, el *análisis neoclásico* va a enlazar con los teóricos del desequilibrio sin una solución de continuidad metodológica

sustantiva (Delfaud, 1986a, p. 65). Sin embargo, puesto que hablamos habitualmente de aproximaciones micro y macroeconómicas a ellas nos vamos a referir.

La *macroeconomía*, en cuanto método, no es deudora exclusivamente de Keynes, ya que los fisiócratas operaban desde esa perspectiva cuando dividían la sociedad en tres “clases” para demostrar la “circulación de la riqueza” (Brooman, 1970, cap. 1). Incluso el término fue acuñado antes de la “Teoría general”, puesto que Ragnar Frisch lo usa ya en el año 1933. Y Keynes –por ejemplo, en su elaboración de la “preferencia por la liquidez”– se vale del estudio del comportamiento individual del “especulador” (Delfaud, 1986a, p. 74; Delfaud, 1986b). Lo que ocurre es que, al modelizar, Keynes *agrega*: “*c’est sur ce point que la distinction micro/macro est une approximation acceptable*” (Delfaud, 1986a, p. 74). Keynes viene a conservar en cierta medida un enfoque global emparentado con aquellos que tenían una visión de conjunto de cara a tres fases fundamentales: producción, distribución y acumulación. Su perspectiva del circuito producto-renta-gasto (Poulon, 1982) va en esta línea, pero ese circuito no tiene en cuenta grupos, clases sociales, sino funciones macroeconómicas. Y cuando ponemos el ejemplo de la “preferencia por la liquidez”, estamos señalando la proximidad keynesiana al método neoclásico, en el sentido de la consideración de los comportamientos elementales: decisiones de consumir, ahorrar, etc. Metodología, pues, intermedia, aunque la “Teoría general” ha sido tan interpretada y reinterpretada que siempre surgen inseguridades (Leijonhufvud, 1966).

No vamos a detenernos en los modelos de crecimiento que tuvieron como referencia básica el modelo keynesiano –Domar, Harrod–, ni en la discusión de la “nueva escuela de Cambridge” (Inglaterra), pero diremos que la reacción neoclásica, con base en el modelo de Solow (1956, pp. 65-94), llegaría a la “parábola” que eleva el modelo al plano normativo; es decir, a las condiciones de un crecimiento “óptimo”. Conclusiones que no quedarían sin réplica metodológica, sobre todo en torno al concepto de capital (Harcourt, 1971). Arrancando precisamente de esta controversia, podríamos sintetizar tres direcciones: 1) la teoría del capital y de la acumulación; 2) la microeconomía moderna: equilibrio general y bienestar; 3) del monetarismo a la nueva macroeconomía clásica.

Por lo que respecta a la teoría del capital y de la acumulación, distinguimos, a su vez, dos aspectos: de un lado, los problemas de medida del capital y sus implicaciones lógicas; por otro, los análisis marxistas que van haciendo frente a la etapas del capitalismo. Con Sraffa (1960) se vuelve en cierta manera a Ricardo, intentando demostrar la invalidez de las parábolas neoclásicas (Garegnani, 1970, pp. 407-436). Y las lecturas del capitalismo desde posturas netamente marxistas ocupan a autores como Baran y Sweezy (1964), Amin (1973), etc., con posiciones no siempre homologables y que otros combinan, como Aglietta (1979), proponiendo una periodificación del desarrollo capitalista sobre la base de la correspondencia entre modo de regulación y régimen de acumulación.

En cuanto a la microeconomía moderna, J.R. Hicks (1964) y P.A. Samuelson (1947) establecieron las condiciones de una “estabilidad dinámica” –en la perspectiva walrasiana– que lleva al sistema hacia su posición de equilibrio. En esta reformulación y reconstrucción del equilibrio general profundizaría el modelo Arrow-Debreu (1954, pp. 265-290), con perfeccionamientos posteriores a cargo, entre otros, de Fisher, de Hildenbrand, de Morishima y de Malinvaud. Ahí se reencontrarían con los trabajos postkeynesianos sobre los *fundamentos microeconómicos de la macroeconomía* (Delfaud, 1986a, p. 106). También a través de la *teoría de los juegos* se produciría un cierto retorno a Edgeworth y, haciéndose simultáneamente sitio en esta microeconomía una serie de problemas que acampan fuera del mercado: *las externalidades y los bienes públicos*.

Marshall (1970, p. 441), en el largo plazo, consideraba que la empresa desarrolla su equipo técnico cuando quiere producir más bienes. Podría, entonces, hacer descender regularmente sus costes marginales hasta que llegasen a ser constantes. Y para ello introduce las *economías externas*, admitiendo que el decrecimiento de los costes obedece a hechos exteriores a la misma empresa. Este concepto, enseguida criticado, “*quizás era demasiado dinámico para emplearlo rápidamente en una teoría estática*” (Seligman, 1966, p. 568).

Pigou profundizaría en el análisis marshalliano poniendo en un lugar sobresaliente la relación de los intereses económicos individuales con respecto a los comunitarios: en sus propios términos analíticos, “*la relación que debía fijarse entre el valor del producto marginal neto privado y el producto neto social*” (Seligman, 1966, p. 583). La intervención propugnada por Pigou iba en la dirección de corregir las divergencias entre ambos productos netos.

Los efectos externos –cuya definición más general ha dado Mishan (1969)– justificaron, pues, la intervención estatal, ya que los mecanismos de mercado no eran suficientes para reducir las distorsiones en la perspectiva paretiana. Una discusión posterior –cuya descripción pormenorizada no cabe en este lugar– se produjo en torno al llamado problema de la “compensación” (Lipsey y Lancaster, 1965, pp. 11-32; Davis y Winston, 1965, pp. 1-14; Scitowsky, 1941, pp. 7 y ss.; Little, 1960), que abrió dos vías: *la positiva*, que se limita a considerar un punto de partida dado en la asignación, y *la normativa*, que se preocupa de la distribución.

En este mismo orden de cosas y dentro de los problemas que desbordan los límites del mercado se encuentra el tema de los bienes públicos. Las escuelas italianas –Mazzola, De Viti di Marco– y sueca –Wicksell y Lindhal– habían presentado ya la cuestión, que alcanzó con Samuelson “la formulación más elegante” (Delfaud, 1986a, p. 110). Sobre esto volveremos, bastándonos por ahora con decir que, tanto en el terreno de las externalidades como en el de los bienes públicos, la “nueva economía” o “neoliberalismo económico” rechaza, sin ninguna revolución metodológica esencial, el hecho inevitable del intervencionismo estatal (Coase, 1960, pp. 1-14; Seldon, 1983, pp. 181-208). Pero, sin embargo, el cambio viene definido, más que por novedades sustantivas, por el *énfasis microeconómico*. La adscripción

al individualismo metodológico, en un sentido popperiano, se comparte con la ruptura de una asimetría: sólo parecían existir los fallos del mercado, cuando también podrían comprobarse los fallos del Estado. De ahí que otro sesgo será la intensiva dedicación al *análisis positivo* (Casahuga, 1980) y sus inevitables resonancias institucionales.

La tercera dirección que seleccionábamos va del monetarismo a la nueva macroeconomía clásica o, mejor, de las teorías del *equilibrio general* monetario a lo que se ha llamado “*versión sofisticada del monetarismo tradicional*” (Villaverde, 1988, p. 216), a la teoría de las *expectativas racionales*. Los economistas que se ocuparon de analizar el dinero en un contexto de equilibrio general se centraron especialmente en la posible relación entre los cambios en la oferta de dinero y los cambios en una variable real, el tipo de interés. Como se sabe, los clásicos consideraron esta variable como independiente de los cambios en la oferta nominal de dinero, estableciendo así una dicotomía entre los sectores real y monetario de la economía. Keynes consideró el tipo de interés como determinado por la elección entre dinero y otros activos, pudiendo un cambio en la cantidad de dinero afectar al tipo de interés de equilibrio. Pigou, para salvar la posibilidad de un equilibrio con desempleo, introdujo el efecto de los saldos reales. Don Patinkin, reflexionando sobre este efecto –y utilizando un procedimiento analítico adelantado por Oscar Lange– atacó la dicotomía clásica, demostrando que el nivel de precios sería indeterminado sin el efecto de saldo real e indicó que, en determinadas circunstancias, aún en presencia de ese efecto, el tipo de interés era independiente de los cambios en la cantidad nominal de dinero.

Confirmada, pues, para Patinkin, la *neutralidad del dinero*, y al conservar la independencia efectiva a largo plazo entre los sectores real y monetario, vino a obtener el mismo resultado, en un marco de equilibrio general, que el ofrecido por Friedman en un análisis de equilibrio parcial (Patinkin, 1965; Lange, 1942; Makin, 1975, cap. 15). Metzler y Mundell examinaron también el efecto de los cambios en la oferta de dinero. El primero puso de relieve que esas variaciones llevadas a cabo a través de operaciones de *open market* pueden conducir a una tasa de interés en equilibrio. Ello equivale a sostener que el dinero no es neutral, desde el momento en que los cambios en la oferta de dinero pueden afectar al tipo de interés, variable real (Metzler, 1951, pp. 93-116). Mundell extendió el análisis de Metzler, discutiendo de qué forma un cambio en los impuestos que vaya parejo con un cambio en la cantidad de deuda en circulación –para un gobierno que persigue el equilibrio presupuestario– determinará algún efecto sobre el tipo de interés de equilibrio por una variación en la oferta nominal de dinero (Mundell, 1960, pp. 622-626).

La generalización por los efectos de riqueza y de sustitución entre activos había de conducir a la afirmación de que la oferta de dinero es susceptible de ejercer un efecto positivo sobre la actividad económica, afectando a los mercados financieros. Así, por ejemplo, se sentó el precedente para la Administración Kennedy--

Johnson (“New-Economics”) (Delfaud, 1986b, cap. III), es decir, una política monetaria activa, de inspiración keynesiana.

Friedman sostuvo que la demanda de dinero depende de pocas variables: la riqueza total de los agentes –incluido el capital humano–, los precios y los rendimientos respectivos asociados a los componentes de esa riqueza y las preferencias individuales. Para él, esa función goza de una cierta estabilidad (Friedman y Schwartz, 1963), siendo conocida su postura *cuantitativista* respecto a la conveniencia de una oferta monetaria igualmente estabilizada.

Para conectar con los problemas ligados a los *costos de información* y a las *expectativas racionales*, mencionaremos como el ya citado Milton Friedman (1968, pp. 1-17) y Eddward Phelps (1968, pp. 698-711) formularíanla *teoría aceleracionista*. En esencia, su interpretación sugiere que con el tiempo los trabajadores ajustan sus salarios nominales de acuerdo con sus salarios reales y, en consecuencia, ya no hay un cambio a largo plazo como el especificado por la curva de Phillips. En el corto plazo, dicen, un incremento imprevisto de la inflación bajará los salarios reales y reducirá el desempleo. Ahora bien, tan pronto como los trabajadores (o las organizaciones que los representan) se den cuenta de cuál es la tasa real de inflación, ajustarán al alza las demandas de salarios nominales. El aumento de los salarios reales hará tender el empleo hacia la tasa “natural” de paro. Así, la salida keynesiana sería aumentar la inflación, dentro de una espiral precios-salarios que desbarate las expectativas. El término “aceleracionista” viene de la necesidad de un incremento mayor de la tasa de inflación para una reducción dada del nivel de empleo<sup>1</sup>.

La *macroeconomía moderna* toma en consideración los costes de información y en su dirección se establecen sus fundamentos microeconómicos. También ahí se podría situar el punto de partida de la *teoría del desequilibrio* postkeynesiano y el fundamento lógico de la “*nueva macroeconomía clásica*” (Delfaud, 1986a, p. 117). Hasta ahora, en esta tercera dirección del pensamiento económico podríamos subrayar dos formas de enfoque: *equilibrio general y parcial*, que ya habían salido a colación a lo largo de las páginas anteriores. Metodológicamente, pues, las dos líneas que, respectivamente, inspiraron Walras y Cournot, pero poniendo cada vez más el acento en el *equilibrio general*, con diversos matices. En efecto, Clower inició en el año 1965 el ataque “en gran escala” al modelo renta-gasto keynesiano, dirigiendo la teoría “*hacia la consideración explícita de los estados de desequilibrio, lo que constituía el «leit motiv» del libro de Leijonhufvud*”, discípulo de aquél<sup>2</sup>. El intento de identificar un Keynes más allá de toda sospecha exegética o desenfocada se hace desde un sistema de equilibrio general “monetarizado”, estableciéndose los fundamentos “micro” de la macroeconomía (Delfaud, 1986a, p. 118).

---

<sup>1</sup> Una teoría de la curva de Phillips que quiere reconciliar el punto de vista tradicional y el punto de vista aceleracionista puede verse en Tobin (1972, pp.1-18).

<sup>2</sup> Véase la presentación de la edición en castellano de la obra de Leijonhufvud realizada por J. Silvestre (p. XII).

Tanto Clower como Leijonhufvud argumentan para demostrar que el equilibrio con desempleo de Keynes tiene explicación con independencia de la trampa de la liquidez, de la ilusión monetaria y de la rigidez de los salarios. Y se ha dicho que, aunque en apariencia es un ataque frontal a la escuela del equilibrio general, en la práctica consiste en una “*walrasización*”, aunque más sofisticada” (Ahijado, 1983, p. 163). Lo cierto, de todos modos, es que ante economías con capacidades de ajustes espontáneos más bien restringidas –costes de transacción, información y gestión– es esencial el análisis de las situaciones de desequilibrio (Fernández y Rodríguez, 1983, pp. 232-233), llámesele a eso como se le quiera llamar. Lo que se propone es la toma en consideración de un tipo de información que afecta a las cantidades y no a los precios: se introducen restricciones cuantitativas que, percibidas por los agentes, modifican la forma de sus decisiones. Tal adaptación por las cantidades, y no por los precios constituye la diferencia esencial entre el *modelo post-keynesiano del desequilibrio* y el equilibrio general walrasiano. En definitiva, en ausencia de una absoluta flexibilidad de los precios, el conocimiento de los agentes acerca de las limitaciones cuantitativas –y de los racionamientos– las llevaría a modificar sus comportamientos (Autume, 1980).

Los partidarios del “desequilibrio” estudian toda una gama posible de “equilibrio a precios fijos” (Barro y Grossman, 1971), describiendo una tipología de situaciones: “paro keynesiano”, cuando las economías domésticas están “racionadas” en el mercado de trabajo y los productores en el de bienes; “paro clásico”, cuando hay escasez de oferta en el mercado de trabajo y escasez de demanda en el mercado de bienes, por lo que las familias están “racionadas” en ambos mercados y los productores no, etc. (Benassy, 1982; Malinvaud, 1977). Y hacen una doble declaración: por un lado, creen que la teoría del desequilibrio otorga consistencia a la tesis que achaca el desempleo de recursos productivos a la falta de coordinación de las decisiones adoptadas por los agentes económicos, sobre todo al deficiente funcionamiento del mecanismo de precios. Por otra parte, apuestan por esta línea metodológica para hacer progresos analíticos.

La nueva macroeconomía clásica, monetarismo novísimo (Cuervo, 1984, pp. 17-45) o monetarismo II (Tobin, 1981, pp. 29-42; Brunner, 1986, pp. 188-204) se ha desarrollado fundamentalmente en los Estados Unidos, desde los años setenta a raíz de los trabajos de Lucas (1972, pp. 103-124), de Sargent (1973) y de Wallace (1975, pp. 241-254). Ya en el año 1961, J.F. Muth supuso que las expectativas –predicción informada de hechos por suceder– son equivalentes a las predicciones derivables de la teoría económica relevante. Además, los agentes aprenden lo suficiente como para excluir los errores sistemáticos al formar expectativas (Muth, 1961, pp. 199-228). En consecuencia, la política económica basada en la teoría es comprendida por los agentes –que se adaptan–, ya que poseen el mismo nivel de información que aquellos que deciden. Sólo la sorpresa sería eficaz en el corto plazo.

En cuanto al método, aunque estos macroeconomistas utilizan el concepto de “equilibrio”, no se asimilan a los modelos walrasianos de equilibrio estático. “*El objetivo central de la nueva macroeconomía es explicar el fenómeno de auges y depresiones de la actividad económica que llamamos ciclo económico, y explicarlo en términos de equilibrio, como resultado de las decisiones óptimas de los agentes en un marco en que los mercados se equilibran continuamente. Esto lleva a la utilización de modelos de equilibrio general dinámicos y estadísticos*” (Cuervo, 1984, p. 18). Equilibrio, por lo tanto, como senda temporal específica entre otros posibles (Cuervo, 1984, p. 18)<sup>3</sup>.

De las formulaciones y desarrollos emanados de la “nueva macroeconomía clásica” se pueden deducir fácilmente, en una primera aproximación, conclusiones pesimistas acerca de la efectividad de la política económica y, de modo subyacente, sobre la pertinencia de los modelos econométricos. Con la teoría de las expectativas racionales se ataca directamente la estabilidad de los parámetros estimados en los modelos ante diferentes políticas: “*no hay posibilidad alguna de simular diferentes políticas para comparar sus resultados a largo plazo sobre la economía, si la propia estructura del modelo econométrico utilizado cambia con la elección de política, esto es, si la propia política es parte de la estructura de la economía*” (Cuervo, 1984, p. 33).

Las conclusiones parecen pesimistas en una primera aproximación, pero la cuestión no es tan simple ni tan radical. Si bien la evidencia contundente de los hechos y las aportaciones de los nuevos teóricos han reducido los entusiasmos de quienes afirmaban, de modo casi axiomático, la operatividad de la actuación anticíclica gubernamental, no es menos cierto que la proposición de neutralidad, invarianza o ineffectividad de la política económica anticipada (Mishkin, 1983; Raymond, 1986, pp. 231-246) no es muy acorde con la realidad, *especialmente en el corto plazo*. Sólo en el caso de que los agentes aprendiesen automáticamente, de que no existiesen convenios inductores de rigideces en los precios o de que fuesen nulas las divergencias entre sector privado y sector público en cuanto a información, la política de estabilización sería imposible (Laidler, 1982; Fischer, 1977, pp. 191-205; McCallum, 1980, pp. 716-746)<sup>4</sup>. Sin embargo, ni en la elaboración de modelos econométricos ni en el campo de la teoría y de la política económica las cosas seguirán siendo iguales. Se imponen refinamientos de las técnicas econométricas de estimación y de simulación a la vez que la hipótesis de las expectativas racionales estará presente de modo inevitable en la búsqueda teórica de una explicación satisfactoria de las fluctuaciones económicas. Franco Modigliani (1977, pp. 1-19), un keynesiano ecléctico en principio fuerte detractor de la “nueva macroeconomía clásica”, reconoció más tarde que los modelos deben incorporar expectativas al menos “no irracionales”. Tobin (1981), a su vez, reconoce la fuerza de las nuevas ideas, destinadas a integrar de algún modo la futura ortodoxia.

---

<sup>3</sup> Pueden consultarse también, entre otros, Schiller (1978, pp. 1-44) y Sheffrin (1983).

<sup>4</sup> Un buen resumen crítico puede encontrarse en Tomas Carpi (1984, pp. 205-220).



A nuestro juicio, no resultaría superflua una *addenda* probablemente necesaria. Nos referimos a la escuela histórica y al institucionalismo. Hasta este momento, hemos intentado una síntesis apretada de la metodología económica, con un marcado sesgo hacia el análisis convencional. Más adelante extraeremos algunos puntos recurrentes, objeto de controversia metodológica, pero nuestra tarea es su-brayar, aunque sea a grandes rasgos, el camino que nos ha de llevar a la justificación a una determinada perspectiva de la hacienda pública. De ahí que nos detengamos en los aspectos metodológicos de la escuela histórica y del institucionalismo.

El historicismo enfocó el estudio de la sociedad de un modo evolucionista, consideró a la comunidad como detentadora de intereses distintos de los individuales y criticó la abstracción, la deductividad y la tendencia ahistórica de la metodología clásica y marginalista (Oser y Blanchfield, 1975, p. 221). Con el transfondo intelectual de Hegel, quien desconfiaba de las reformas a través del razonamiento abstracto, se concluye que sólo el descubrimiento histórico del espíritu es capaz de revelar el verdadero devenir de los sucesos humanos. Roscher, Hildebrand y Knies señalaron la necesidad de investigar el crecimiento y el desarrollo de las instituciones económicas (Seligman, 1966, pp. 18 y ss.). La “rebelión contra el formalismo” de que nos habla Seligman llevó progresivamente a la controversia o la pugna de los métodos: el “Methodenstreit” (Schumpeter, 1971, pp. 91 y ss.; Schumpeter, 1967). Cuando Menger relegó a un lugar secundario el método histórico, Schmoller reaccionó afirmando que sólo se podía avanzar provechosamente en economía utilizando rigurosamente datos descriptivos, históricos y estadísticos. De todos modos, Schmoller no compartía la vertiente historicista más radical y no negaba la posibilidad de una ciencia de la Economía (Otero Díaz, 1986, p. 60) Sombart, por ejemplo, lo relativiza todo, de modo afín a su propio devenir vital. Rechazó la idea de las leyes universales, insistiendo en que las instituciones económicas son relativas al tiempo y al lugar. De Weber, que sólo en un sentido muy lato podría considerarse economista, puede decirse que, con antecedentes intelectuales historicistas, “*le fue necesario desprenderse de la herencia de los economistas históricos que estaban mezclando en sus trabajos un curioso marxismo pervertido, junto con la visión romántica e idealista del «espíritu», transmitiendo de esta forma en el estudio de la sociedad una metodología intuitiva, pero irracional*”. El propósito de Weber fue establecer la ley, la calculabilidad y la racionalidad como bases de la ciencia social (Seligman, 1966, p. 42).

Retendremos dos aspectos de las formulaciones, desarrollo y polémicas surgidas en torno a la escuela histórica: a) en cuanto al contenido o a las conclusiones, salvando la heterogeneidad del propio historicismo; b) en cuanto al método. Por lo que respecta al primer punto, se subraya la relatividad de las leyes generales y universales. Puesto que las condiciones económicas y sociales están sometidas a una constante modificación –cambiando al mismo tiempo las regularidades observadas– es imposible elaborar una teoría y una política económica útiles para todo tiempo y lugar. No es correcto reducir la economía a “una historia natural del ego-

ísmo”. Hay, sin duda, otros motivos: el sentido del deber, la amistad, la filantropía, la ambición, etc. Por ello, el alma de la abstracción conduce a la caricatura de la realidad. Así pues, por lo que respecta a b), el método inductivo debe sustituir al deductivo, siendo la historia el instrumento de investigación más adecuado (Lajugie, 1972).

Nuestra perspectiva, a la vista de lo expuesto, no es otra que la de suscribir la opinión de Schumpeter: entre la “economía pura” y el historicismo, la querrela viene a ser insustancial. “Puesto que no se puede discutir seriamente la básica importancia de la investigación histórica para una ciencia que estudia procesos históricos, ni tampoco la necesidad de desarrollar un conjunto de instrumentos analíticos con los cuales manejar sus materiales, esta controversia nos parece, como todas las disputas análogas, carente de todo sentido” (Schumpeter, 1971, p. 892)<sup>5</sup>.

Está fuera de toda duda la influencia ejercida por la escuela histórica alemana sobre los *institucionalistas americanos*. Sus tres primeras figuras –Veblen, Mitchell y Commons–, sin embargo, más allá de ciertas similitudes metodológicas con los historicistas, no tuvieron un enfoque nacionalista, siendo su perspectiva más liberal y democrática (Oser y Blanchfield, 1975, p. 394). No desdeñaron sistemáticamente una buena parte de la teoría económica ortodoxa, pero enfatizaron su crítica en torno “al entramado filosófico normativista, la psicología racionalista, la metodología particularista y la visión mecanicista del sistema económico, asociados con la economía ortodoxa o marshalliana” (Gruchy, 1975, p. 756). Había que ir más allá de la teoría pura, sólo útil como una primera aproximación, para estudiar el sistema como un proceso evolutivo en donde el conflicto –y no la armonía– era la característica fundamental.

Los institucionalistas posteriores a la II Guerra Mundial –Ayres, Means, Colm y Galbraith, entre otros– ponen el acento en lo que llaman “planificación nacional democrática limitada” y en el problema de los valores sociales. Así, Galbraith formula su opinión de que la sociedad occidental opulenta padece un desequilibrio entre la producción de un exceso de bienes privados y la escasez de bienes públicos. Pero, quizá, donde los institucionalistas han hecho aportaciones más fecundas ha sido en el campo del subdesarrollo. Como se sabe, rechazaban la idea de equilibrio como situación normal, insistiendo más en los cambios acumulativos, como hizo Gunnar Myrdal (1956, 1957, 1968), siempre dentro de un enfoque pluridisciplinar (Screpanti y Zamagni, 1993).

Pero, si tuviésemos que identificar una *metodología común* en todos los autores a los que se les ha llamado *institucionalistas*, ¿podríamos hacerlo?, ¿iríamos más allá del “*story telling*”? (Ward, 1972, cap. 12). Probablemente no, si suscribiésemos los calificativos que a veces se les otorga a economistas como Galbraith o Myrdal, exceptuando en éste sus primeros diez años de trabajo. A aquél le llamaban periodista; al sueco, sociólogo. Pero el institucionalismo actual profesa con claridad una fe metodológica común: *la investigación transdisciplinaria, el enfo-*

<sup>5</sup> Pueden verse, entre otros, Knight (1952, pp. 45-55) y Suranyi-Unger (1975, pp. 749-752).

*que holístico*. Darwing y su evolucionismo está en la trastienda, ya que se quiere conocer la evolución y el funcionamiento de las instituciones económicas, requiriéndose referencias desde la historia, la antropología cultural, la filosofía, la psicología y la psicología social.

Como consecuencia de la existencia de un ambiente complejo, el *holismo* sostiene que todos los fenómenos deben ser analizados dentro del contexto de ese medio ambiente. De ahí la necesidad de la formulación interdisciplinaria (Dopfer [coord.], 1978, cap. I). Esto es, sin duda, un desafío difícil y complicado, pero tiene la virtualidad de contribuir a una más concreta valoración de ciertos modelos: su sofisticación y elegancia formal puede ser conseguida a costa de falta de realismo.

Hemos recorrido, pues, un “*iter*” metodológico por el institucionalismo, cuyos extremos temporales pueden situarse en el inductivismo heterodoxo de los precursores y el holismo más reciente.

En el intento de sintetizar amplios capítulos de la historia del pensamiento económico, hallamos toda una serie de conceptos, valoraciones y discusiones con ciertos denominadores comunes: lo deductivo frente a lo inductivo; lo normativo “*versus*” lo positivo; equilibrio general y equilibrio parcial... Algunas de estas cuestiones están en el centro del debate.

A Comte se debe seguramente la afirmación del *positivismo* como método: el procedimiento correcto para las ciencias sociales consiste en generalizar a partir de los datos reales. En definitiva, se trata de seguir lo que se creía método exclusivo de las ciencias de la naturaleza, rechazando toda metafísica, y postulando el dato como guía para el hombre y la sociedad (Mardones y Ursua, 1983, pp. 76 y ss.). Las ideas de Comte influyeron en muchos científicos sociales de las más variadas orientaciones: de Roscher a Engels, pasando por el mismo Stuart Mill, aunque éste las recibiese sólo parcialmente (Katouzian, 1982, pp. 52 y ss.). Pero hay dos positivismos: el propiamente comtiano y el del siglo XX, o *positivismo lógico*. Aunque ambos beben de la filosofía ilustrada, en su afán por desplazar la metafísica y la teología como fundamentos de las instituciones, la influencia del primer positivismo en la evolución científica posterior fue sustancialmente menor.

El positivismo lógico –o *empirismo lógico*, como sus iniciadores preferían llamarle– nace en los años veinte, con la fundación del *Círculo de Viena*, destacando la figura de Rudolf Carnap. Puntales relevantes habían de ser Bertrams Rusell –reduciendo la matemática a la lógica–, Whitehead –que proporcionó una lógica simbólica– y Wittgenstein –que desarrolló las implicaciones filosóficas de la nueva lógica–. Para lo que a nosotros nos interesa, el positivismo exigía al análisis lógico la tarea de identificar qué enunciados reúnen las condiciones para ser objeto de un trato científico. Y ello se conseguía a través de la *verificación*: un enunciado tendrá sentido cuando exista un modo de comprobar si es verdadero o falso. Pero la solución es difícil: ¿sólo se puede pedir un cierto grado de confirmación o de refutación?; ¿la verificación es una posibilidad técnica, física o meramente lógica? (Kaplan, pp. 375-380). En realidad, el positivismo lógico pretendió una *síntesis* entre racionalismo y empirismo: de los hechos observables o experiencia sensorial se pa-

sa a la formulación de hipótesis que, depuradas lógicamente, serán sometidas a verificación. Si no puede llevarse a cabo, estaremos en presencia de “ruidos sin significado”. No vamos a entrar aquí en los problemas que se derivan de la formulación –y consiguiente resolución– de la cuestión: a) un enunciado científico ha de ser *verificable*; b) debe ser contrastado por el proceso de *verificación empírica*. La discusión ha sido prolífica en la literatura<sup>6</sup> y nosotros nos permitimos enlazarla con la epistemología popperiana.

Como se sabe, Popper rebaja las pretensiones del *criterio de demarcación* entre lo significativo y lo que carece de significado –propio del positivismo lógico– y se ciñe a delimitar proposiciones empíricas y no empíricas, para excluir así la metafísica del ámbito científico (Popper, 1963, pp. 274 y ss.; Rojo, 1970, pp. 92 y ss.). Pero esto pudiera resultar insuficiente o incluso confuso, por lo que no son gratuitas algunas precisiones adicionales. En primer lugar, Popper admite que las hipótesis iniciales son suposiciones de orden teórico, incluso juicios de valor o, lo que es lo mismo, las experiencias sensoriales o las observaciones no sirven para nada sin una teoría. Resulta, pues, para Popper, lógicamente inconsistente llegar a las hipótesis desde las observaciones, sin una “conjetura” adicional. Además, reduce la verificación a la *falsabilidad*: lo falsable puede no ser verificable, aunque lo recíproco sea siempre cierto. Toda proposición o hipótesis verdaderamente científica debe ofrecer la posibilidad de ser *falsable*. Lo que en términos popperianos quiere decir que debe existir al menos un hecho que, al ser contrastado con la proposición, pueda refutarla. A más posibilidades de falsación para una proposición determinada, más relevante será para la ciencia.

Por otra parte, los “ruidos sin significado”, relegados por los positivistas lógicos, no lo son por Popper, aunque no les conferirá el status de conocimiento científico hasta que se conviertan en falsables. Admite, al mismo tiempo, que la falsación puede llegar a establecerse por vías racionales y/o empíricas. Por último, y en torno a la unicidad del método científico, es cierta su coincidencia con el Círculo de Viena, aunque con algunas –y probablemente no significativas– matizaciones (Schwartz, 1970, pp. 117 y ss.).

Las revisiones que se han venido haciendo de las posturas más o menos ortodoxas en torno al empirismo –incluyendo los problemas centrados en la falsabilidad de hipótesis y teorías y en el irrealismo de los supuestos– reflejan lo que para algunos constituye el desarrollo normal de cualquier ciencia empírica (García-Bermejo, 1978, p. 69). Las corrientes metodológicas modernas son cautas respecto a las posibilidades de establecer si una teoría es verdadera o falsa. Ahí están, por ejemplo, los *paradigmas de Kuhn* (1970) o los *programas de investigación de Lakatos* (1970, pp. 91-196).

La “ciencia normal”, para Kuhn, es el ámbito propio de la actividad científica, construido a partir de conquistas significativas del pasado. Ese logro científico –*paradigma*– delimita el campo de investigación normal. Pero en determinados

---

<sup>6</sup> Katouzian (1966), entre otros.

momentos, el funcionamiento de la ciencia normal se descompone, aparecen sistemáticamente *anomalías*. Si de forma persistente se muestra una incoherencia entre el paradigma y el mundo empírico surge la crisis y las llamadas “*revoluciones científicas*”. Se ha gastado mucha tinta en darle vueltas a la interpretación de Kuhn. El mismo parecía haberse perdido entre tanta posible interpretación del concepto “paradigma” como podría desprenderse de la primera edición de su libro. E incluso llega a volverse “popperiano” al admitir la contrastabilidad en su modelo (Katouzian, 1966, pp. 121-126). Pero, en definitiva, después de leerlo y de repasar sus críticos y sus seguidores (Toulmin, 1977; Suppe, 1979), no creemos que hiciera una aportación decisiva. En un momento dado, Kuhn acepta que su única originalidad consiste en aplicar a las ciencias lo que los historiadores de la literatura, de la música, de las artes, etc. hacían en sus respectivas materias (Kuhn, 1970, p. 208). “*Si el progreso científico presenta las mismas características generales de los otros desarrollos –dice Katouzian–, ¿qué es, entonces, lo que distingue la estructura de las revoluciones «científicas» (por no hablar de las científico--maduras) de todo lo demás? Si no hay tal diferencia, lo que tenemos es una exposición de la estructura de las «revoluciones» en general, la mera afirmación tautológica de que todas las ideas, sistemas, relaciones, etc. cambian cuando se enfrentan a una crisis y a una alternativa más aceptable. Eso es todo*” (Katouzian, 1966, pp. 126-127). Tiene, sin embargo, un cierto interés sociológico el modo en que Kuhn cree que debe ser analizada una ciencia: como una clase especial de sistema social, aunque, en resumidas cuentas, no nos explica qué factores sociales influyen en el patrón uniforme de conducta de los científicos normales, ni tampoco por que esos factores sólo se hacen significativos cuando una ciencia se convierte en “madura” (Katouzian, 1966, pp. 148-149).

Kuhn ha querido, pues, frente a una concepción acumulativa de la ciencia como la de Popper, sostener que el progreso histórico se logra de modo discontinuo, con callejones sin salida, con revoluciones, jugando un papel importante los factores psicosociales. Es decir, pretende ir más allá de la estricta racionalidad lógico-empírica pero, quizá, no logra más que una contribución a la sociología de la ciencia. Y, en palabras de Popper, “*la idea de volverse hacia la sociología o la psicología en busca de ilustración respecto de los objetivos de la ciencia y de su posible progreso, resulta sorprendente y decepcionante*”.

Lakatos, por su parte, intenta sintetizar la lógica de Popper y la “sociología” kuhniana a través de lo que él llama “*programas de investigación*”. Para Lakatos ninguna teoría es autónoma, todas están relacionadas entre sí. Distingue un “núcleo central”, que no se somete a falsación (Popper) y que es resistente de forma paradigmática al cambio (Kuhn). El “cinturón de protección” está configurado como un programa de investigación más fácilmente controlable. Muy acertadamente se ha señalado que el *núcleo* lakatosiano viene a expresar una idea virtualmente idéntica al concepto de “visión” de Schumpeter –“*el acto cognoscitivo preanalítico que proporciona las primeras materias para el esfuerzo analítico*”– o el de “hipótesis sobre el mundo” de Gouldner. A medida que un programa científico de investiga-

ción se contrasta con falsaciones, surgirá variaciones en sus supuestos auxiliares, en una dirección enriquecedora –cambio *progresivo*– o hacia una disminución de contenido –cambio *degenerador*–. Lakatos contempla, pues, los programas de investigación como capaces de pasar gradualmente de un estatus “progresivo” a otro “degenerado”, o viceversa. Pero la aparición de un programa alternativo no necesita esperar a una crisis de tipo kuhniano, ya que Lakatos es tolerante con los “programas de investigación en embrión”.

Podría decirse algo semejante a lo apuntado respecto a Kuhn cuando se observan los programas de investigación: conceptos y procesos similares a los de núcleos centrales, cinturones de protección, etc.; “*pueden ser encontrados en la historia de casi todos los campos de la creación humana (...). Y la distinción entre la ciencia progresiva y degenerativa es demasiado vaga: sólo puede ser conocida a posteriori*” (Katouzian, 1966, p. 137).

Cabría preguntarse ahora si Kuhn y Lakatos han supuesto una modificación significativa con respecto al último Popper y en qué sentido. Todo lo que nos atreveríamos a decir, es que, en especial Lakatos, suaviza los rasgos “agresivos” de aquél en una línea de mayor permisividad. Suavización límite en Feyerabend (1974), para quien el éxito de algunos científicos que en la historia han sido residió precisamente en haber incumplido deliberadamente todas las reglas convencionales. La filosofía de la ciencia, afirma, es una disciplina espúrea, sin ningún descubrimiento en su haber.

Sin duda, la atracción hacia Feyerabend puede surgir como reacción contra lo encorsetado de la metodología al uso o como un antídoto frente al método por el método, al “mito de la metodología”: no importa mucho lo que hagamos con tal de que lo hagamos bien (Kaplan, p. 380). Pero el lastre de elevada dosis de escepticismo, relativismo y voluntarismo amenazaría nuestra propia actividad científica, no ya tanto su dimensión como la propia existencia.

Si del combate desarrollado en los ámbitos de la filosofía de la ciencia descendemos al dominio de la *controversia entre economistas*, tomaremos como referencia la síntesis expuesta al principio. Ahí hallamos, en efecto, una *polémica constante entre los defensores del método abstracto y los empiristas*, moderada en la época más reciente, al tender hacia un reconocimiento de la pluralidad de enfoques, así como un mayor escepticismo respecto a las reglas metodológicas (Landreth, 1976, pp. 499 y ss.). Tras el método complejo de Smith y otros autores clásicos –combinando la abstracción con elementos históricos y descriptivos– resalta la postura ricardiana y su método deductivo. Con el advenimiento de la revolución marginalista y la perspectiva adoptada por el historicismo alemán, “*la problemática entre el método abstracto y el empírico alcanzó su cénit*” (Mochón, 1979, p. 64). Los neoclásicos se mostraron refractarios a las cifras y a la historia, predicando el *apriorismo* (Von Mises, 1960), que adoptaría una forma menos agreste con Lionel Robbins (1932), para quien el método se describía como “hipotético-de-ductivo”. Pero también las cosas se movían en la dirección opuesta, tratando de llenar las “cajas vacías” de la teoría. El positivismo lógico ganaba, consciente o inconscien-

temente, adeptos. El propio Keynes, con una obra eminentemente teórica, alumbró conceptos cuantificables. Y el papel de Hutchison (1938) –sobre el que volveremos– como dinamizador de la ruptura con el deductivismo fue muy importante<sup>7</sup>.

Por no extendernos en demasía, diremos que ya queda lejano el momento en que una visión ingenua del empirismo creía en la existencia de relaciones cuasimecánicas entre formulación de hipótesis, contrastación y, por consiguiente, aceptación o rechazo de tales hipótesis: teoría y evidencia no siempre están unívocamente relacionadas (Friedman, 1970). En definitiva, y aunque nos inclinemos por afirmar que la Economía ha de tener un fuerte contenido empírico, creemos que debe imponerse una postura moderada en el terreno metodológico. Puede ser cierto que algunos, inmersos en una especie de arrebatos verificador, se inclinaron en exceso hacia el refinamiento de técnicas cuyo fin era la propia técnica. A ello cabría añadir que no siempre el esfuerzo en la sofisticación de los métodos de estimación ha ido acompañado –aunque las responsabilidades sean de paternidad diversa– de una mejora en la base de datos (Leontief, 1971, pp. 1-8; Klein, 1974).

Por último, y antes de explicitar una propuesta metodológica, nos referiremos aunque sea brevemente a la dicotomía “proposiciones normativas-proposiciones positivas”, en la que aún no entramos por haberlo decidido así a efectos expositivos y no, claro está, porque ese problema estuviese ausente en el transcurso del discurso anterior. El tema era antiguo, en efecto, pues lo encontramos en Nassau Senior y en John Stuart Mill. Los positivistas lo ligarán al binomio “hechos-va-lores” y la *nueva economía del bienestar* pareció difuminar tan precisos linderos al querer construir una economía normativa libre de juicios de valor.

John Neville Keynes distinguió entre el estudio científico *positivo* de las leyes económicas, la economía basada en materiales empíricos e institucionales que podrá dar reglas prácticas para conseguir determinados fines y criterios éticos necesarios para formular recomendaciones políticas (Keynes, 1965), aunque existe una cierta ambigüedad entre su proposición de que “*la ciencia no tiene la misión de sancionar juicios éticos y sus continuas referencias aparentemente utilitaristas a «la ciencia» de la ética*” (Hutchison, 1938, p. 30).

Desde Senior y Mill, como decimos, pasando, entre otros, por Keynes, Pareto y Robbins, se fue perfilando una delimitación entre lo positivo y lo normativo, así como la conveniencia de trasplantar esa distinción al campo metodológico. De los años cincuenta en adelante, sin embargo, “*aunque no se ha argumentado muy a menudo que el economista no deba intentar mantener una distinción entre lo normativo y lo positivo, sí, en cambio, se ha sugerido recientemente, y con cierta frecuencia, que no vale la pena intentarlo, o que constituye una ingenuidad creerse o afirmar que se puede tener éxito en el empeño*” (Hutchison, 1938, p. 40). Las tajantes afirmaciones de Friedman (1953) no son suscritas unánimemente y quizá merezca la pena, para finalizar este apartado, detenerse en la posición de Myrdal.

---

<sup>7</sup> No falta quien dice, sin embargo, que los neoclásicos siempre fueron empiristas. Por ejemplo, Hollis y Nell (1975).

“No hay ninguna perspectiva sin un punto de vista, ni respuestas que no contesten a preguntas. En el punto de vista que se adopta –dice el economista sueco– y en las preguntas que se formulan hay valoraciones implicadas” (Myrdal, 1956, p. 177). Y aboga por la técnica de las premisas de valor explícitas. Myrdal había evolucionado desde la primera edición de su libro *The Political Element in the Development of Economic Theory*<sup>8</sup>, y ya en el año 1953 escribía que la creencia implícita “en la existencia de un cuerpo de conocimiento científico, adquirido independientemente de toda valoración, es, según lo veo ahora, un empirismo ingenuo”<sup>9</sup>. Sin embargo, posturas como las de Myrdal llegan a suscitar un cierto relativismo. Y del escepticismo a la manipulación se va mucho más fácilmente al abonar aquél la actitud negativa ante la posible disciplina metodológica. Hutchison sostiene, de todas formas, que el escepticismo ante la “neutralidad científica” en economía, “pone más énfasis, al menos abiertamente, en su imposibilidad que en su inconveniencia” (Hutchison, 1938, p. 162). En cualquier caso, y también en la línea de este pensador, la distinción entre lo positivo y lo normativo *deberá* mantenerse claramente siempre *que sea posible*; incluso a costa, algunas veces, de una mayor efectividad en la persuasión. O lo que es lo mismo, “el programa científico se produce únicamente cuando conseguimos maximizar el papel que juegan los hechos y minimizar el que juegan los valores. Si la Economía ha de progresar, los economistas tendrán que conceder absoluta prioridad a la tarea de generar y contrastar teorías económicas falsables”.

En las páginas anteriores hemos ido desgranando una serie de ideas en torno a las teorías y al método utilizado por la ciencia económica. Vimos, por lo tanto, que la cuestión es más controvertida que pacífica, pero con una *línea de fuerza* hacia un inevitable punto de encuentro: la Economía ha de interpretar y predecir, para lo cual pondrá a su servicio el llamado análisis teórico y la investigación empírica. En un caso primará la deducción abstracta; en el otro, la inducción. La complementariedad de ambas aproximaciones está, a nuestro juicio, fuera de toda duda: mientras las teorías fecundan el trabajo empírico, éste ofrece test para los supuestos y las conclusiones de aquéllos. Y ello, a pesar de todas las relativizaciones que se quieran invocar en nombre de la hipótesis de las expectativas racionales.

Por otra parte, creemos que es útil y necesaria la distinción entre hechos y valores, aunque su mutua interacción alimenta la dinámica científica. Stevenson (1966, p. 222) lo ha expresado muy bien: “en última instancia, el análisis y la valoración deben ir unidos; pues el primero sólo es útil siempre y cuando discipline a la última. Pero no deben ser unidos prematuramente. Hay que diferenciar cuidadosamente antes de poder combinarlos con provecho”.

También habíamos introducido unas referencias a la escuela histórica y al institucionalismo. Y lo hicimos siendo plenamente conscientes de que lo nuclear es el análisis económico, pero, abandonado a sus propias fuerzas, corre el riesgo de per-

---

<sup>8</sup> Originalmente publicado en el año 1929.

<sup>9</sup> Utilizamos aquí la traducción en castellano realizada a la tercera edición (1961) de dicha obra por J. Díaz García, p. 9. Madrid: Gredos, 1967.



der poder explicativo. De ahí la necesidad de no olvidar los referentes históricos ni los aspectos descriptivos e institucionales, elementos todavía más indispensables cuando trabajamos en el campo de la hacienda pública<sup>10</sup>. Porque, aunque esta disciplina se ocupa en el plano positivo de la influencia de las actividades públicas –esencialmente impuestos, gastos y transferencias– en la asignación de recursos, precios relativos y bienestar, y en el orden normativo, de establecer reglas para la toma de decisiones gubernamentales, echando mano de los instrumentos de la moderna economía de bienestar, descansa en especiales soportes institucionales. Utilizando unas frases del profesor Naharro (1967, pp. XVIII-XIX) en el prólogo de un libro de Gabriel Franco, diremos que la realidad de la economía pública “*se halla mezclada íntimamente con la realidad política, jurídica y social, por lo que un tratamiento demasiado abstracto de sus contenidos abocaría a una explicación parcial e insuficiente de los mismos. Todo esto justifica la necesaria mezcla de análisis económico con la descripción institucional de variado color y la apoyatura histórica*”. Pero Naharro continuaba su argumentación para concluir defendiendo la exclusividad del análisis económico más convencional. Creemos que la razón estribaba en el relativo retraso que los manuales de Hacienda Pública llevaban –metodológicamente hablando– con respecto a los de Economía. Y si la mirada se volviera sobre el extenso erial hacendístico español de entonces, cuajado de descripción y empirismo<sup>11</sup>, la sensación se haría más profunda. Pero las cosas han evolucionado de tal modo que la situación es probablemente la contraria a la temida por el profesor Naharro.

Concluiremos, sin embargo, insistiendo en la moderación metodológica o, como lo ha expresado con gran sentido del humor Martin Bronfenbrenner (1966, p. 27), la tolerancia en el método: “*Yo sé lo que hacemos, pero no por qué lo hacemos. Aunque creo firmemente (no sin pruebas) que la mayoría de las instituciones de enseñanza y de investigación necesitan más, y no menos, tolerancia metodológica*”.

## BIBLIOGRAFÍA

- AGLIETTA, M. (1979): *Regulación y crisis del capitalismo*. Madrid: Siglo XXI.
- AHIJADO, M. (1983): “¿Existen muchas interpretaciones de Keynes?: una revisión crítica de la literatura, con sugerencias para una reconstrucción de la macroeconomía”, *Hacienda Pública Española*, núm. 83, pp. 149-181.
- AMIN, S. (1973): *Developpement inègal*. París: Minuit.
- ARROW, K.I.; DEBREU, G. (1954): “Existence of de Equilibrium for a Competitive Economy”, *Econometrica*, vol. 22, (julio), pp. 265-290.

<sup>10</sup> Véase la presentación de la edición en castellano de la obra de A.R. Priest (1961): *Public Finance in Theory and Practice*. Londres: Weindenfeld and Nicolson, realizada por E. Fuentes Quintana (Madrid: Gredos, 1967), pp. III-VII.

<sup>11</sup> Véase la presentación de la edición en castellano de la obra de A.R. Priest (1961): *Public Finance in Theory and Practice*. Londres: Weindenfeld and Nicolson, realizada por E. Fuentes Quintana (Madrid: Gredos, 1967), pp. XI y ss.

- AUTUME, D.A. (1980): "L'influence des effets de répartition sur l'unicité et la stabilité de configurations de déséquilibres", en *Etudes sur l'économie en déséquilibre*. París: Económica.
- BARAN, P.; SWEEZY, P. (1964): *Monopoly Capital*. New York: Monthly Review Press. (Versión en castellano de 1968. México: Siglo XXI).
- BARRO, R.; GROSSMAN, H.I. (1971): "A General Disequilibrium Model of Income and Employment", *American Economic Review*, vol. 61, núm. 1, (marzo).
- BENASSY, J.P. (1982): "Developments in non-Walrasian Economics and the Microeconomic Foundations of Macroeconomics", en W. Hildebrand [ed.]: *Advances in Quantitative Economic*. New York: Cambridge University Press.
- BLAUG, M. (1985): *The Methodology of Economics*. The Press Syndicate of the University of Cambridge, 1980. (Traducción en castellano de A. Martínez. Madrid: Alianza, 1985).
- BRONFENBRENNER, M. (1966): "Introducción a la metodología económica para lectores de pretensiones intelectuales medias", en S.R. Krupp [ed.]: *The Structure of Economic Science*. Prentice Hall. (Traducción en castellano de M.J. Díez. Madrid: Aguilar, 1973).
- BROOMAN, F.S. (1970): *Macroeconomía*. Londres: George Allen and Unwin.
- BRUNNER, K. (1986): "¿Ha fracasado el monetarismo?", *Papeles de Economía Española*, núm. 28, pp. 188-204.
- CASAHUGA, A. (1980): *Democracia y Economía Política*. Madrid: Instituto de Estudios Fiscales.
- CLOWER, R.W. (1965): "The Keynesian Counter-Revolution. A Theoretical Appraisal", en R.H. Hahn y F.P.R. Brechling [ed.]: *The Theory of Interest Rates*. Londres: MacMillan.
- COASE, R. (1960): "The Problem of Social Cost", *Journal of Law and Economics*, 3, pp. 1-44. (Traducción en castellano en *Hacienda Pública Española*, núm. 68, 1981).
- CUERVO, C. (1984): "El monetarismo novísimo o la nueva macroeconomía clásica", *Hacienda Pública Española*, núm. 89, pp. 17-45.
- DAVIS, O.A.; WINSTON, A.B. (1965): "Welfare Economics and the Theory of Second Best", *Review of Economic Studies*, núm. 32, pp. 1-14.
- DELFAUD, P. (1986a): *Les théories économiques*. París: PUF.
- DELFAUD, P. (1986b): *Keynes et le keynésianisme*. París: PUF.
- DOPFER, K. [coord.]: *Economics in the Future. Towards a New Paradigm*. Londres: MacMillan. (Traducción en castellano de C.H. Paschero. México: Fondo de Cultura Económica, 1978).
- FERNÁNDEZ, A.; RODRÍGUEZ, J.A. (1983): "Equilibrios no-walrasianos y reconstrucción de la macroeconomía keynesiana", *Hacienda Pública Española*, núm. 83, pp. 232-233.
- FEYERABEND, P. (1974): *Contra el método*. Barcelona: Ariel.
- FISCHER, S. (1977): "Long-term, Contracts, National Expectations and the Optimal Money Supply Rule", *Journal of Political Economic*, núm. 85, (febrero), pp. 191-205.
- FRIEDMAN, M. (1953): *Essays in Positive Economics*. Chicago: Chicago University Press. (Versión en castellano de 1962. Madrid: Gredos).
- FRIEDMAN, M. (1968): "The Role of Monetary Policy", *The American Economic Review*, 58, (marzo), pp. 1-17.
- FRIEDMAN, M. (1970): "The Methodology of Positive Economics", en Breit y Hochman [ed.]: *Reading in Microeconomics*. Holt International.
- FRIEDMAN, M.; SCHAWARTZ, A.J. (1963): *A Monetary History of the United States 1867--1960*. New York: National Bureau of Economic Research.

- GARCÍA-BERMEJO, J.C. (1978): “Apuntes casi tópicos sobre teoría y método en economía”, *Cuadernos de Ciencias Económicas y Empresariales*, núm. 3, (octubre).
- GAREGNANI, P. (1970): “Heterogeneous Capital, The Production Function and The Theory of Distribution”, *The Review of Economic Studies*, pp. 407-436.
- GRUCHY, A.G. (1975): “La escuela institucionalista”, en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, vol. 7, p. 756. Madrid: Aguilar.
- HARCOURT, G.C. (1971): *Some Cambridge Controversies in the Theory of Capital*. Londres: The Syndics of the Cambridge University Press. (Traducción en castellano de J. Quesada. Barcelona: Oikos-Tau, 1975).
- HAY, D. Y OTROS (1969): *La época del Renacimiento. El amanecer de la edad moderna*. Barcelona: Labor.
- HICKS, J.R. (1964): *Value and Capital*. Oxford: Oxford University Press.
- HOLLIS, M.; NELL, E.J. (1975): *Rational Economic Man*. Cambridge: Cambridge University Press.
- HUTCHISON, T.W. (1938): *The Significance and Basic Postulates of Economics Theory*. Londres: MacMillan.
- KAPLAN, A.: “Positivismo”, en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, vol. 8, pp. 375-380. Madrid: Aguilar.
- KATOZIAN, H. (1966): *Experience and Theory. An Essay in the Philosophy of Science*. Londres: Routledge.
- KATOZIAN, H. (1982): *Ideology and Method in Economics*. MacMillan Press, 1980. (Traducción en castellano de J.L. Zofío. Madrid: Blume, 1982).
- KEYNES, J.N. (1965): “The Scope and Method of Political Economy”, en A.M. Kelly. New York 1965. (1ª ed. de 1890).
- KLEIN, L.R. (1974): *Textbook of Econometric*. New York: Prentice-Hall.
- KNIGHT, F.H. (1952): “Institutionalism and Empiricism in Economics”, *American Economic Review*, 42, núm. 2, pp. 45-55.
- KUHN, T.S. (1970): *The Structure of Scientific Revolutions*. 2ª ed. Chicago: Chicago University Press. (Versión en castellano de 1975. México: Fondo de Cultura Económica).
- LAIDLER, D. (1982): *Monetarist perspectives*. Phillip Allan.
- LAJUGIE, J. (1972): *Les doctrines économiques*. París: PUF.
- LAKATOS, I.: “Falsification and the Methodology of Scientific Research Programmes”, en I. Lakatos y A. Musgrave: *Criticism and the Growth of Knowledge*, pp. 91-196. Cambridge: Cambridge University Press. (Versión en castellano de 1975. Barcelona: Grijalbo).
- LANDRETH, H. (1976): *History of Economic Theory. Scope, Method and Content*. Houghton Mifflin.
- LANGE, O. (1942): “Say’s Law: A Restatement and Criticism”, en O. Lange y otros: *Studies in Mathematical Economics and Econometrics; in Memory of Henry Schultz*. Chicago: Chicago University Press.
- LEDUC, G.: “Jean-Baptiste Say”, en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, vol. 9, p. 488. Madrid: Aguilar.
- LEIJONHUFVUD, A. (1966): *On Keynesian Economics and The Economics of Keynes*. Oxford: Oxford University Press. (Traducción en castellano de J. Aubareda. Barcelona: Vicens-Vives, 1976).
- LEONTIEF, W. (1971): “Theoretical Assumptions and Non-observed Facts”, *American Economic Review*, (marzo), pp. 1-8.
- LIPSEY, R.G.; LANCASTER, K. (1965): “The General Theory of Second Best”, *Review of Economic Studies*, núm. 63, pp. 11-32.

- LITTLE, I.M.D. (1960): *A Critique of Welfare Economics*. 2ª ed. Londres: Oxford University Press.
- LUCAS, R.E. (1972): "Expectations and the Neutrality of Money", *Journal of Economic Theory*, núm. 4, pp. 103-124. (Traducción en castellano en *Cuadernos Económicos del ICE*, núm. 16, 1981).
- MAKIN, J.H. (1975): *Macroeconomics*. The Dryden Press. (Traducción en castellano de V. Agut. México: Interamericana, 1977).
- MALINVAUD, E. (1977): *The Theory of Employment Reconsidered*. Oxford: Basil Blackwell.
- MARDONES, J.M.; URSUA, N. (1983): *Filosofía de las Ciencias Humanas y Sociales*. Barcelona: Fontamara.
- MARSHALL, A. (1963): *Principes of Economics*. (8ª ed. de 1970). Londres: MacMillan. (Versión en castellano de 1963. Madrid: Aguilar).
- MCCALLUM, B.T. (1980): "Rational Expectations and Macroeconomic Stabilization Policy", *Journal of Money, Credit and Banking*, 12, pp. 716-746.
- MEEK, R.L. (1962): *The Economic of Physiocracy*. Londres: George Allen and Unwin. (Traducción en castellano de J. García-Durán. Barcelona: Ariel, 1975).
- METZLER, L.L.A. (1951): "Wealth, Saving and the Rate of Interest", *Journal of Political Economy*, 59, (abril), pp. 93-116.
- MISES, L. VON (1960): *Epistemological Problems of Economics*. New York: Van Nostrand.
- MISHAN, E.J. (1969): *Welfare Economics, Then Introductory Essays*. 2ª ed. New York: Randow Home.
- MISHKIN, F.S. (1983): *A Rational Expectations Approach to Macroeconometrics*. Chicago: The University of Chicago Press.
- MOCHÓN, F. (1979): "Investigación empírica en Economía", *Cuadernos de Ciencias Económicas y Empresariales*, núm. 4, (abril).
- MODIGLIANI, F. (1977): "The Monetary Controversy, or Should We Forsake Stabilization Policies?", *American Economic Review*, 67, pp. 1-19.
- MUNDELL, R.A. (1960): "The Public Debt, Corporate Income Taxes and Rate of Interest", *Journal of Political Economic*, 68, (diciembre), pp. 622-626.
- MUTH, J.F. (1961): "Rational Expectations and the Theory of Price Movements", *Econometrica*, 29, pp. 199-228.
- MYRDAL, G. (1953): *The Political Element in the Development of Economic Theory*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- MYRDAL, G. (1956): *An International Economy*. New York: Harper.
- MYRDAL, G. (1957): *Rich Lands and Poor*. New York: Harper.
- MYRDAL, G. (1968): *Asian Drama. An Inquiry Into the Poverty of Nations*. New York: The Twentieth Century Fund.
- NAHARRO, J.M. (1967): "Prólogo", en G. Franco: *Principios de Hacienda Pública*. Madrid: Derecho Financiero.
- OSER, J.; BLANCHFIELD, W. (1975): *The Evolution of Economic Thought*. New York: Harcourt. (Traducción en castellano de P. Maldonado. Madrid: Aguilar, 1980).
- OTERO DÍAZ, C. (1986): *Clásicos del pensamiento económico y financiero*. Santiago de Compostela: Milladoiro.
- PATINKIN, D. (1965): *Money, Interest and Prices*. 2ª ed. New York: Harper. (Versión en castellano de la primera edición de 1963. Madrid: Aguilar).

- PHELPS, E. (1968): "Money-Wage Dynamics and Labor-Market Equilibrium", *Journal of Political Economy*, 76, (julio-agosto), pp. 678-711.
- POPPER, K.R. (1963): *Conjectures and Refutations*. Londres: Routledge. (Versión en castellano de 1968. Buenos Aires: Paidós).
- POULON (1982): *Économie Générale*. París: Dunod.
- RAYMOND, J.L. (1986): "Expectativas racionales en Economía", *Papeles de Economía Española*, núm. 28, pp. 231-246.
- ROBBINS, K. (1932): *An Essay on the Nature and Significance of Economic Science*. Londres: MacMillan. (Versión en castellano de 1944. México: FCE).
- ROJO, L.A. (1970): "El método empírico y el conocimiento económico", en *Ensayos de Filosofía de la Ciencia. En torno a la obra de Sir Karl R. Popper*. Madrid: Tecnos.
- RUBEL, M. (1957): *Karl Marx: Essai de biographie intellectuelle*. París: Rivière.
- SAMUELSON, P.A. (1947): *Foundations of Economic Analysis*. Cambridge, MA: Harvard University Press. (Versión en castellano de 1957. Buenos Aires: El Ateneo).
- SARGENT, T.J. (1973): "Rational Expectations, the Real Rate of Interest and the Natural Rate of Unemployment", *Brookings Pap. Econ. Act.*
- SCHILLER, R (1978): "Rational Expectations and the Dynamic Structure of Macroeconomic Models: A Critical Review", *Journal of Monetary Economics* vol. 4, núm. 1, pp. 1-44. (Traducción en castellano en *Cuadernos Económicos del ICE*, núm. 16, 1981).
- SCHUMPETER, J.A. (1954): *History of Economic Analysis*. Oxford University Press. (Traducción en castellano de M. Sacristán, J.A. García Durán y N. Serra. Barcelona: Ariel, 1971).
- SCHUMPETER, J.A. (1967): *Síntesis de la evolución de la ciencia económica y sus métodos*. Barcelona: Oikos-Tau.
- SCHWARTZ, P. (1970): "El individualismo metodológico y los historiadores", en *Ensayos de Filosofía de la Ciencia. En torno a la obra de Sir Karl R. Popper*, p. 117 y ss.
- SCITOWSKY, T. (1941): "Note on Welfare Propositions in Economics", *Review of Economic Studies*, vol. 9, pp. 77 y ss.
- SCREPANTI, E.; ZAMAGNI, S. (1993): *An Outline of the History of Economic Thought*. Oxford University Press.
- SELDON, A. (1983): "La nueva economía", *Hacienda Pública Española*, núm. 80, pp. 181-208.
- SELIGMAN, B.B. (1962): *Main Currents in Modern Economics*. The Free Press of Glencoe. (Traducción en castellano de A. Casahuga y otros. Barcelona: Oikos-Tau, 1966).
- SHEFFRIN, S.M. (1983): *Rational Expectations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- SOLOW, R.M. (1956): "A Contribution to the Theory of Economic Growth", *The Quarterly Journal of Economics*, pp. 65-94. (Traducción en castellano en L.A. Rojo: *Teoría económica del desarrollo*. Madrid: Gredos).
- SPENGLER, J.J. (1975): "Pensamiento fisiocrático", en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, vol. 7, pp. 737-742. Madrid: Aguilar.
- SRAFFA, P. (1960): *Production of Commodities by Means of Commodities: Prelude to a Critique of Economic Theory*. Cambridge University Press. (Traducción en castellano de L.A. Rojo. Barcelona: Oikos-Tau, 1966).
- STEVENSON, C.L. (1966): *Ética y lenguaje*. Buenos Aires: Paidós.
- SUPPE, F. (1979): *La estructura de las teorías científicas*. Madrid: Ed. Nacional.
- SURANYI-UNGER, T. (1975): "La escuela histórica", en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, vol. 7, pp. 749-752. Madrid: Aguilar.

- TOBIN, J. (1972): "Inflation and Unemployment", *American Economic Review*, 62, (marzo), pp. 1-18.
- TOBIN, J. (1981): "The Monetarist Counter-Revolution Today. An Appraisal", *Economic Journal*, núm. 91, pp. 29-42.
- TOMAS CARPI, J.A. (1984): "La política económica a la luz de la hipótesis de las expectativas racionales: una revisión crítica", *Hacienda Pública Española*, núm. 91, pp. 205-220.
- TOULMIN, S. (1977): *La comprensión humana*. Madrid: Alianza
- VILLAVARDE, J. (1983): "Principios y desarrollos del neoliberalismo económico", *Hacienda Pública Española*, núm. 80, pp. 209-224.
- VINER, J. (1975): "Pensamiento mercantilista", en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, vol. 7, pp. 733-739. Madrid: Aguilar.
- WALLACE, N. (1975): "Rational Expectations, the Optimal Monetary Instrumente, and the Optimal Money Supply Rule", *Journal of Political Economy*, núm. 83, pp. 241-254.
- WARD, B. (1972): *What's wrong with Economics?* Londres: Basic Books. (Traducción en castellano de J.C. Zapatero. Madrid: Alianza, 1983).